

Los aguadores del manantial de la vida. Apuntes para una pastoral en la ciudad

JOSÉ MARÍA AVENDAÑO PEREA

Vicario General de la diócesis de Getafe

Síntesis del artículo

El autor, desde su experiencia pastoral en parroquias urbanas, narra las posibilidades y condiciones para que la Iglesia sea hoy portadora de agua de vida a los hombres y mujeres de la ciudad.

Abstract

The author, from his pastoral experience in urban parishes, narrates the possibilities and conditions so that the Church today is bearer of the water of life to the men and women of the city.

1 Una mirada sobre la ciudad

La vida es hermosa porque ha brotado del amor entrañable y misericordioso de Dios. Dios, Creador y Providente, nos ha dejado huellas y signos de su Presencia a nuestro alrededor: la tierra está llena de belleza por todas partes, en la ciudad y en los pueblos, y nuestra misión es hacer todo el bien que podamos. Pedimos que la gracia de Dios purifique las pupilas de nuestros ojos y así poder mirar las maravillas que Dios pone cada día a nuestro lado. Poner en nuestros ojos el colirio pascual que nos conduzca

a mirar y ver el mundo con el amor que Dios quiere. Mi madre, Jorja, todos los días al salir de casa me hacía la señal de la cruz en la frente y me decía: *“Habla bien de Dios y haz todo el bien que puedas”*. Perla preciosa de su herencia.

Pero también es verdad que en este mundo abunda el pecado y sus consecuencias. Tengo en mis manos la prensa con la fotografía del cadáver de Aylan Kurdi, el niño sirio ahogado frente a las costas turcas, mostrando las dimensiones de una crisis que ha costado la vida a tantos y tantos hijos e hijas de Dios y que nos urge a tomar conciencia del mundo



en el que vivimos, y que entre todos vamos construyendo, en mayor o menor medida. “Nosotros lo hemos hecho así. Yo lo he hecho así”, dice el monseñor de la película *La Misión* a los representantes del gobierno de aquellas tierras. Sin lugar a dudas que estamos viviendo un tiempo en el que el Espíritu Santo nos llama a llevar, a anunciar el Evangelio de Jesucristo, como testigos valientes y coherentes, atentos y dispuestos a una “conversión pastoral”.

Es por ello que creo que si escuchamos en el corazón de la ciudad a los hombres y mujeres con los que hacemos el camino de la vida, percibimos el grito que brota desde todos los rincones de la tierra: ¡Tenemos sed!

Los pobres tienen sed y también los ricos. Están sedientos los animales y las plantas. El planeta Tierra tiene sed. Aun sin saberlo, tenemos sed de Ti, Dios Creador nuestro, de tu Gracia, de tu Luz y tu Fuerza (Cf. Susanna Tamaro. *Meditaciones sobre la Pasión*. Rialp 2015).

Señor Jesucristo, fue santa Teresa Benedicta de la Cruz la que afirmó que la Iglesia es un manantial de agua pura que sigue su curso a través de los siglos. Pero en pocos años el hombre ha contaminado bastantes fuentes. Hemos querido colocarnos en el lugar del Creador queriendo controlar todo sin humildad ni sabiduría. Con frecuencia hemos perdido el conocimiento de lo que es un manantial, no conocemos el Agua Pura, y en ocasiones ni siquiera somos capaces de echarla de menos. Preferimos el agua azucarada al agua que sacia la sed. Hoy, en gran parte de las ciudades, tu Iglesia ha quedado transformada en un arroyo que se abre paso en medio del desierto, llevando consigo un mensaje de salvación que la mayoría de la gente no percibe.

Unos entrañables versos de José María Valverde referidos a la despedida de Jesús de sus discípulos nos ayudarán a iniciar estas páginas: «Allá voy de cabeza para siempre, / a acompañaros en olvido y tacto. / Me come-

réis y beberéis. Me haré / vosotros: no podréis echarme fuera / por mucho que pequéis...». ¡Gracias, Señor, por quedarte con nosotros hasta el final!

“Dios vive en la ciudad” (Documento de Aparecida = DA 514). Ser discípulo misionero de Cristo siempre ha supuesto una opción de vida en nada exenta de conflictos, esperanzas y hermosas experiencias de santidad cotidiana. Una vida que lleva consigo la búsqueda constante de cómo situar la espiritualidad cristiana en un mundo como el nuestro, donde inciden dolorosamente el honesto deseo de seguimiento de Jesús en la Iglesia con el crudo «espesor de lo real», en palabras del sacerdote Fernando Urbina.

Esta toma de conciencia, a veces, nos agobia o nos hace vivir en esperanza. Consciente de los desalentos y fidelidades cotidianas en nuestro ajeteo diario, en medio de la multitud de ocupaciones ordinarias y extraordinarias, quiero recordar caminos y ejercicios a través de los cuales la vida cristiana es para nosotros fuente, manantial o goteo del Agua Viva, en la Iglesia y en el mundo. Somos aguadores del Manantial de la Vida. Humildes aguadores.

Hay que abrir puertas y cerrar heridas, mirar hacia delante igual que el agricultor cuando ara, con el profundo convencimiento de que, a quienes creemos en el futuro de Dios, esta confianza nos lleva a vivir una intensa vida espiritual cuyas fuentes no manan lejos de nosotros y que son el aliento en el trabajo pastoral cotidiano.

2 La encarnación cotidiana, como el Agua que fluye

«Había en la misma comarca unos pastores que dormían a la intemperie» (Lc 2,8).

Vivir encarnado supone tener una mirada limpia, como Dios quiere, con los ojos del corazón bien abiertos. Te propongo un ejer-

cicio: mira y contempla la ciudad donde vives, tu casa, las viviendas que la rodean, sus calles y rincones. Bébete las calles y la vida que discurre por ella. Observa a esas personas con las que llevas conviviendo tantos años, y también a los que van llegando, de esta tierra o de otras lejanas, inmigrantes o refugiados. Contempla cómo Dios anda por ahí, muy cerca. Escucha, pero con una escucha vulnerable.

Y con esta disposición y determinación nos vamos a acercar al Evangelio. Siempre me llamó la atención el texto del anuncio de la gloria del Señor a los pastores (cf. Lc 2,8-14): estaban al raso, a la intemperie, eran pobres; de los que quizá iban poco al templo; ya sabemos que ser pastor en la época de Jesús no estaba bien visto; y, sin embargo, allí estuvo el anuncio de los ángeles: *“No temáis, os anuncio una buena noticia que será de gran alegría para todo el pueblo: hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor”* (Lc 2,10-12).

A medida que pasa la vida, valoramos más la realidad y el convencimiento de que sin encarnación no hay vida cristiana, pues creemos en el Verbo Encarnado, el Misterio de la Encarnación: «Para saber lo que puede significar Dios para los hombres hay que asomarse con los hombres y situarse a su lado: su vida, ellos mismos, son la historia de Dios en medio de nosotros», afirma E. Schillebeeckx. En la vida de los hombres y las mujeres, los padres de familia, los niños y los jóvenes (ellos encarnan la esperanza), los ancianos, los discapacitados, los trabajadores o los desempleados, los inmigrantes, los refugiados, los jóvenes sumergidos en el infierno de las drogas o el drama de tantas familias ante el desempleo o la enfermedad... sus rostros nos revelan historias que con frecuencia leemos en la Biblia; su existencia nos hace escuchar la Buena Noticia, el núcleo del Evangelio y la auténtica religión.

Tener el oído del corazón pegado a la realidad: «Escucha, Israel» (Dt 6,4-10), supone tener muy presente que nuestra pastoral, los proyectos que hacemos en parroquias, congregaciones, movimientos, institutos, asociaciones o grupos han de hacerse partícipes de la vida del pueblo de un modo tan cercano a como lo intuyó el concilio Vaticano II: «Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo» (*Gaudium et Spes* 1). Entonces la liturgia de la vida, de los sacramentos o de las horas nos recrea y enamora.

En la vida de los hombres de la ciudad habita Dios, “en medio de sus alegrías, anhelos y esperanzas, como también en sus dolores y sufrimientos” (DA 214). Se identifica con nuestras experiencias humanas más fuertes: el amor y la muerte, la alegría y el dolor.

Soy sacerdote de la diócesis de Getafe y pienso en los sacerdotes, junto con los religiosos, religiosas, laicos, que están en las zonas rurales y los que estamos en las ciudades; desde los que atienden siete aldeas a los que se ocupan de parroquias en barriadas con miles de habitantes; desde los que están en una pastoral en países empobrecidos a los que desarrollan su trabajo en la enseñanza o viven como sacerdotes capellanes en las universidades, cárceles, hospitales, residencias... unos y otros tenemos el profundo convencimiento de que nuestra misión no puede desligarse de la persona real que existe en el mundo de hoy. Pues «no hay comunicación de lenguaje si no hay comunicación de vida», afirma Fernando Urbina. Para hacer posible esta comunicación hemos de mirar al mundo a la cara, sin miedo, sin complejos, como personas de este siglo y de esta cultura.

Vivir encarnados en la pequeña o gran ciudad comporta ser contemplativos. Es tener

un respeto reverente a la vida, «tratar al otro como si fuera el Santísimo Sacramento», decía uno de los protagonistas de la película *Capitán Conan*; estar dispuestos a revisar nuestra vida y cambiar lo que sea preciso para mejor atender a los demás. Espíritu de conversión y más concretamente, “conversión pastoral”, en palabras del Papa Francisco. Jesucristo nos quiere como hombres y mujeres del pueblo. “El amor a la gente es una fuerza espiritual que facilita el encuentro pleno con Dios hasta el punto de que quien no ama al hermano “camina en las tinieblas” (1Jn 2,11)” (EG 272).

La actual situación del mundo y de la Iglesia supone una verdadera encrucijada que está clamando profundas transformaciones al anunciar la belleza de Jesucristo, la hermosura del Evangelio, lo asombroso del cristianismo, a los que están cerca, a los ocasionales y a los que no se acercan donde estamos nosotros. Encarnados, pero con los pies y la vida en continua actitud y actos de salida, de búsqueda.

3 La amistad con Dios, hermoso Manantial

«Vosotros sois mis amigos» (Jn 15,14s)

A mí me pasa. Hay días en los que me cuesta sacar tiempo para rezar; otros, en cambio, todo transcurre con más orden y concierto; pero tanto un día como otro sé que necesito de Dios como del aire, porque nos hemos hecho buenos amigos. Necesito de la Trinidad Santa. Necesito caminar con Jesucristo. Estando convencido, como nos dice el Papa Francisco, de que “el verdadero misionero, que nunca deja de ser discípulo, sabe que Jesús camina con él, habla con él, respira con él, trabaja con él. Percibe a Jesús vivo con él en medio de la tarea misionera” (EG 266). Todo cristiano en el Bautismo fue injertado en Cristo, y llamado a la santidad. Los sacerdotes al ser ordenados hemos dicho sí a una relación sobre-

cogedora y maravillosa de amistad con Dios. A todos nos desborda este Misterio capaz de generar en nosotros «temor y temblor» y, al mismo tiempo, suscitar una confianza donde encontramos la fuerza, la valentía y el coraje, que sustituyen al apocamiento y al miedo antes reinantes: «¿Quién soy yo para ir al Faraón...?» (Ex 3,11).

Dios habita en el corazón y la oración, en sus diferentes formas, resulta un lugar privilegiado para dejarse encontrar por Dios; es el medio indispensable para la escucha, la toma de conciencia y la respuesta a Dios que nos habla en trato de amistad. No obstante, hemos de «captar la posibilidad de realizar la experiencia de Dios en todos los lugares y momentos de la vida, y de articular de la forma más efectiva las distintas experiencias de Dios en la unidad de una vida», afirma Juan Martín Velasco.

Sabemos por experiencia propia que la amistad es gratuita; en ella no se ha pactado nada previo, nada lo impone, abunda la libertad, somos amigos de quien queremos. El amor de Dios se nos ofrece con amistad, sin mérito alguno de nuestra parte. Dios nos quiere como amigos tal como somos, con nuestros fallos y pecados, y para siempre. Hablar de la amistad con Dios lleva consigo saber de la amistad con los demás, pues la relación interpersonal es una categoría privilegiada para hablar con Dios.

Descubrir que el amor de Dios es más grande que todo, sentirnos inmersos en un mar de gracia, ternura y misericordia. Alguien, con el que vivimos en relación de amistad y con el que compartimos lo que somos y hacemos; nos ha llamado en el delicado tacto de que no nos falte jamás el amor (cf. 1Cor 13,1-13).

Tarea nuestra es potenciar todo lo que facilite en nuestra vida y en la de los niños, ancianos, hombres y mujeres un clima de oración en medio del bullicio cotidiano. En la ciudad

abunda la soledad. En el trajín diario, cuando vamos andando por la calle o en el coche percibo, y creo no equivocarme, si digo que tú también, que abunda la soledad, no la busca, sino la impuesta, que nos muerde y nos inyecta el virus del desaliento y la desesperanza. La oración es lo que nos hace respirar en la pastoral cotidiana. La oración nos centra y unifica. Nos adentra poco a poco en el amor a Cristo y a su Iglesia. Traigo a mi memoria el grupo de oración de la parroquia donde he estado tantos años, san Nicasio en Leganés.

Me digo a mí mismo, y a las personas con las que comparto y celebro el gozo de la fe, que la primera tarea, el primer quehacer pastoral, ha de ser la oración. La escucha del silencio y desde ahí disponer la totalidad de nuestro ser, a la oración, a la escucha de Dios y de su Palabra.

Esta amistad con Dios, el beber en la fuente de la Vida, supone estar abiertos a la gratuidad del amor de Dios. En este tipo de amistad con Dios y al servicio de los hermanos encontraremos luz para vivir sin angustia ni desasosiego. La oración del corazón, la meditación, la Lectio divina, el rezo del Rosario, la adoración, contemplación, intercesión, la adoración del Santísimo Sacramento, la oración ante el Sagrario... todo ello desde el amor, en el corazón de la Iglesia. Rostros de hermanas y hermanos con los que vivimos el don y la hermosura de la fe.

4 El Agua que sana y devuelve la alegría: los Sacramentos

«Gratis habéis recibido, dad gratis»
(Mt 10,8).

Vivo en la ciudad. Son las cuatro de la tarde; el cielo está cubierto por un azul transparente, y el sol penetra por las ventanas encendiendo la vida de esperanza... Cada día que pasa, valoro más la celebración de la Santa

Misa, donde el Señor nos convoca a la mesa de su Palabra y a la mesa de la Eucaristía, la fe en Dios amasada en la vida de tantas familias, niños, jóvenes o mayores. ¡Qué gran Misterio de fraternidad y comunión! Hoy hemos celebrado unos bautizos. Ayer varias bodas, la de Jacinto y Mari Carmen; la de Pepe y Ana y la de Pedro y Angelines. Hace quince días regresamos de un campamento organizado por varias parroquias: días de cansancio y responsabilidad compartida, de asueto, fiesta, afianzamiento de la vida cristiana, del amor a la Iglesia, de asideros y hermanamiento con la naturaleza... "Laudato si, mi Signore" – "Alabado seas, mi Señor", cantaba san Francisco de Asís. En este hermoso cántico nos recordaba que nuestra casa común es también como una hermana, con la cual compartimos la existencia, y como una madre bella que nos acoge en sus brazos... "Esta hermana clama por el daño que le provocamos a causa del uso irresponsable y del abuso de los bienes que Dios ha puesto en ella", afirma el Papa Francisco (LS 1-2). La alegría de los amigos sacerdotes, hermanos en el presbiterio diocesano o el día que celebramos con nuestro pueblo el sacramento del perdón, de la reconciliación.

Ejemplos ordinarios, pero son el tesoro de cada jornada. Ellos calman la sed que la vida nos provoca. Seguro que en estas experiencias, y en otras no reflejadas aquí, os veréis reflejados muchos de vosotros: «En el rocío de las cosas pequeñas el corazón encuentra su alborada y se refresca» (K. Gibran). Una pura gracia, un puro don: la gratitud de ser lo que somos, hijos de un mismo Padre y hermanos unos de otros. Ante esto sólo cabe decir: «¡Bendito seas, Señor!».

En el trabajo pastoral el Espíritu nos urge a ser adultos en la experiencia de fraternidad y de comunión. Nosotros los sacerdotes, como pastores, en cada parroquia, o comunidad, vamos tomando conciencia de que nuestra vida «se llama ministerial precisamente

porque es secundario, subordinado, al servicio del sacerdocio de Cristo, al servicio del sacerdocio común». Una experiencia que crecerá en la medida en que nos tomemos en serio el vivir al servicio del Cuerpo de Cristo, que es uno solo, y no contribuyamos a crear comunidades separadas (cf. *Lumen Gentium* 7 y 10), siendo creativos y potenciadores de la comunión. En palabras de san Juan Pablo II en la Carta *Novo millennio ineunte*, nos enseña la necesidad de fomentar y cuidar "una espiritualidad de comunión", bebiendo en la Trinidad Santa, dando lugar al hermano de fe, mirando lo positivo que hay en él, considerando que es un "don de Dios para mí", estando atento a sus deseos y necesidades, a sus alegrías.

Que la norma en la Iglesia, en nuestras comunidades, sea siempre el Evangelio (cf. 1Tim 1,11): «El poder y la soberanía de Cristo sobre los hombres se ejerza en la verdad, la justicia y, por encima de todo, el amor», enseña santo Tomás de Aquino.

En la pastoral de la ciudad, vivimos y experimentamos que el tiempo es un regalo de Dios y es preciso saber gestionarlo bien. En una época con tanta zozobra e inquietud, nosotros mostramos el sosiego del buen uso del tiempo. Que las familias, los padres, los jóvenes, los niños... se sientan ayudados y consolados en el buen uso del tiempo. Utilizando razonablemente las nuevas tecnologías y estando a la escucha de los ancianos, ellos son maestros creíbles de esta pedagogía de la que estamos tan necesitados: un tiempo en paz o en puro nerviosismo, amargados, ansiosos; un tiempo que no nos deja tiempo para nada, al contar siempre con multitud de ocupaciones. Descansar razonablemente, tener algunas aficiones: música, lectura, ir al cine o a museos, salir a pasear o disfrutar con los amigos o la familia..., no debe resultarnos ajeno, sino que formará parte de la espiritualidad cristiana que nos acompaña día y noche.

Tenemos muchas ocupaciones, pero la verdad es que no saboreamos lo suficiente el don que Dios nos regala cada día en la celebración de los Sacramentos. Soy testigo del cuidado de las celebraciones de los Sacramentos y del bien que se hace acompañando a los grupos que preparan y acondicionan la Liturgia y el buen olor de las maravillas, signos del Reino de Dios existentes entre nosotros. Una pastoral que nos deje prendados de la Hermosura de Dios, «alegría que no nos quitará nadie» y que pone música en el corazón.

Que cada vez que celebremos un bautizo, una primera Comunión, una boda, una unción, un funeral... lo hagamos con respeto y el mejor esmero que podamos, pues esas personas son únicas a los ojos de Dios y hemos de poner en ello nuestro mejor empeño y cuidado. Evangelizamos con la buena preparación y desenvagelizamos con las prisas y las torpezas.

5 Salir al encuentro del hermano con misericordia entrañable, como el Agua que corre y no se estanca

«Pero ¿quién es mi prójimo?» (Lc 10,24-38).

La casa donde vivo está en Getafe y para viajar a Madrid suelo hacerlo en el tren de cercanías y en el Metro; allí me encontré con Carlos. Fue un viaje en diálogo. En un momento de la conversación, me preguntó sobre cómo sentir la presencia de Dios en esta vida tan estresante. Un agua que fluye, que no se estanca, que riega las sequías y sana las heridas. Acuden a saciar su sed a “la fuente de la aldea”, así definía a la parroquia San Juan XXIII, desde su experiencia de pastor en pueblos y grandes ciudades. De esta agua precisa nuestro pueblo. Anunciadores del Evangelio de Jesucristo con pensamientos, palabras y

obras. No podemos vivir sin evangelizar, la Iglesia existe para evangelizar, esta es su vida y su misión.

En este salir al encuentro del hermano con misericordia entrañable, cuidamos como oro en paño el lugar privilegiado que ocupan los pobres en el Pueblo de Dios, pues la evangelización comporta una dimensión social. “De nuestra fe en Cristo hecho pobre, y siempre cercano a los pobres y excluidos, brota la preocupación por el desarrollo integral de los más abandonados de la sociedad... Cada cristiano y cada comunidad están llamados a ser instrumentos de Dios para la liberación y promoción de los pobres, de manera que puedan integrarse plenamente en la sociedad; esto supone que seamos dóciles y atentos para escuchar el clamor del pobre y socorrerlo”, nos enseña el Papa Francisco en *Evangelii Gaudium* nn.176-177.

“El encuentro con Jesucristo en los pobres es una dimensión constitutiva de nuestra fe en Jesucristo” (DA 257). Salir al encuentro con espíritu de comunicación pastoral es tanto como estar seguro de que el amor no pasará nunca y tendrá la última palabra, y eso conduce a tratar a cada persona que encuentro en la calle o con las que celebro los sacramentos, los que vienen al despacho parroquial, las catequistas o los miembros del consejo parroquial, los compañeros de trabajo o ese vecino enfermo, el inmigrante, el refugiado que busca acogida y asilo ante tanto miedo proveniente de violencia y muerte, el joven sediento de Agua que estudia en la universidad, el joven que ha salido de la cárcel o esa niña discapacitada... Y cuando ese milagro ocurre, entonces el ser humano se lanza, como el bañista, con profunda confianza, arriesgándose, a amar de verdad, sin instalarse ni acomodarse. Traigo a mi memoria a algunos apóstatas, que después de haber abandonado la Iglesia, ahora han vuelto, están en ella como en Casa, se encuentran en la “Casa de la Misericordia”.



Todo ser humano ha sido creado a imagen de Dios: "Y creó Dios al hombre a imagen suya" (Gn 1,27). Así las cosas, estamos llamados a colaborar en el bien común, en la defensa de una vida digna para todos, y esto no se lleva a cabo sino saliendo al encuentro de los demás, especialmente a los "heridos por la vida", y dejando muchas seguridades. En el amor a Dios y al prójimo se encierra la totalidad de la Ley y los Profetas: «En estas pequeñeces (en términos bíblicos: 'el vaso de agua al sediento') como la palabra de aliento pronunciada junto al lecho del enfermo, la renuncia a una pequeña y mezquina ventaja..., y otras mil insignificancias de la vida diaria, pueden constituir la modesta aportación a través de la cual se haga efectivo el auténtico carácter de la fraternidad desinteresada», nos enseña K. Rahner. Salir al encuentro, pero no de cualquier forma, sino de manera servicial, es no olvidar el lavatorio de los pies de la Última Cena de Jesús y a lo que Él nos invita constantemente (cf. Jn 13,1-21).

Esta misión nos lleva a crecer en la conciencia de trabajar en equipo. En nuestras parroquias, comunidades, movimientos..., ¡cuántas gracias hemos de dar por las mujeres y hombres de nuestra Iglesia, seglares honestos y sencillos, religiosas y religiosos comprometidos en Cáritas, u otras instituciones de caridad cristiana que van abriendo camino a través de la compasión y la misericordia! Nunca hasta ahora se habían comprometido en tal medida mujeres y hombres en el trabajo de las Iglesias locales en favor de la Iglesia y del mundo en su conjunto, sin olvidar que la discriminación más grande que padecen los pobres es la falta de atención espiritual. Los pobres necesitan a Dios y "no podemos dejar de ofrecerles su amistad, su bendición, su Palabra, la celebración de los Sacramentos y la propuesta de un camino de crecimiento y de maduración en la fe. La opción por los pobres debe traducirse principalmente en una atención religiosa privilegiada y prioritaria" (EG 200).

Enrique, Paula, Lorenzo, Diana, Bernardo, Luís, Carlota... tantos y tantos rostros conocidos o desconocidos que podemos añadir a las hijas e hijos más débiles de la gran familia humana: «*Me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva, a proclamar la liberación de los cautivos*» (Lc 4,16 s). Conscientes de que la Misericordia de Dios es reconocida a través de nuestras obras.

“El Evangelio nos llama a ser “próximos” a los más pequeños y abandonados. A darles una esperanza concreta. No vale decir solo: “¡Ánimo, paciencia!” La esperanza cristiana es combativa, con la tenacidad de quien va hacia una meta segura”, exhortaba el Papa en el Ángelus del 6 de septiembre de este año 2015 ante la tragedia de los refugiados. Todos hacemos lo posible por vivir el destino crucificado y resucitado de Jesús en la persona de los pobres, y esta experiencia nos lleva a afirmar que ellos nos descolocan, nos comprometen, nos hacen entrar en crisis y desmantelan los «tinglados» personales o comunitarios que realizamos, a veces sin tener nada que ver con la fría losa de su realidad. “Al igual que el profeta Jeremías, vamos aprendiendo, al estar cerca de ellos, a vivir las pequeñas o grandes fidelidades cotidianas en tareas no exentas de sufrimiento o de dolor, pero impregnadas de la fidelidad de Dios con su pueblo”, afirma el cardenal Martini.

Una pastoral misionera nos mueve y nos dirige cada día hacia los más alejados para reflejar el amor de Cristo. El papa Francisco nos habla de cuidar la fragilidad (EG 209-216). “Jesús el evangelizador por excelencia y el Evangelio en persona, se identifica especialmente con los más pequeños (cf. Mt 25,40). Esto nos recuerda que todos los cristianos estamos llamados a cuidar a los más frágiles de la tierra” (EG 209).

Descubrimos en ellos el rostro de Dios, iconos del Misterio que nos libera y nos salva; vamos entendiendo, con la sabiduría que no nos dan los libros, sino la experiencia de la vida compartida, que sólo el amor ha de

ser nuestro ejercicio, como gustaba expresar san Juan de la Cruz.

Nos duele y debe seguir doliendo la vida de los pobres, no con un dolor que nos paraliza, sino que crea en nosotros una existencia apasionada por Dios y por el pueblo. Una manera de vez, juzgar y actuar ante la realidad que no nos dejará tranquilos, aliviando sólo las consecuencias de las diferentes pobrezas que este sistema económico está generando, sino que nos interpela sobre la realidad crucificada, para ir a las causas. Un hombre como el padre Anizan, fundador de los Hijos de la Caridad, vivió el destino de los pobres con dolor esperanzado: «El pensamiento de las multitudes perdidas me embarga y persigue... Durante la misa he unido a su Pasión las cruces que llevo en este momento».

El espíritu de las Bienaventuranzas necesita personas sensibles, oyentes del rumor o el grito hacia Dios de sus hijos y la llamada de Dios al oír su dolor. Esta experiencia no se puede hacer sin ser contemplativo en lo cotidiano: Dios habla nuestro mismo idioma, el deseo profundo de amar. Cristo nos recuerda que tenemos un Padre y podemos confiarnos en sus manos. Comportarse así no nos vuelve insensibles al sufrimiento de los demás, nos hará todavía más sensibles y podremos llevar al mismo tiempo, en el fondo de nosotros, esta gran alegría y compartir profundamente la desgracia y sufrimiento del prójimo, generando un talante de fidelidad perseverante con los pobres. Seguimos a Jesús crucificado desde la fe en Cristo resucitado, y esto nos hace fieles también al horizonte de esperanza al que nos encamina la fe en el Resucitado.

Estar cerca del pobre supone sinceridad. Llama la atención el desaliento que en ocasiones nos envuelve a los sacerdotes. Somos frágiles, pero nos sentimos discípulos de Cristo crucificado y resucitado, y ello nos conducirá a ayudar a los demás, a vivir reconciliados con toda nuestra persona, con nuestras pobrezas.

6 Iglesia en salida misionera, en salida, con el Agua que por donde pasa da Vida

«Y dijo María: 'Proclama mi alma la grandeza del Señor'» (Lc 1,46).

Ayer en Móstoles, Guadalupe y José, un matrimonio, me contaron la situación tan difícil que están atravesando: ella trabaja en la limpieza y él parado de la construcción. Tienen tres hijos. Me hablaron de que, a pesar de todo, hay futuro: «Dios nos ayuda. Estamos convencidos de que es así. La parroquia nos está ayudando con mucha discreción y respeto. Nuestros amigos están siendo solidarios con nosotros».

¡Cuántos discípulos misioneros en esta diócesis de Getafe en la que creo, celebro y vivo mi fe! ¡Cuántas hermanas y hermanos, día y noche anuncian como testigos valientes el Evangelio de Jesucristo, sin miedo!

Como sucedió con el profeta Elías, Dios no quiere que sus hijos permanezcan en la gruta de la angustia, el vacío, la desesperanza o el abismo de la nada, sino que nos abre el futuro y nos da fuerzas para el cambio: «Levántate y come, porque el camino es demasiado largo para ti» (1Re 19,7).

Dios nos sugiere saber trabajar juntos con los seglares, abrir el oído y escuchar la vida de nuestro pueblo, las personas con las que compartimos la fe, los grupos de Cáritas, de jóvenes o matrimonios, la dicha en el rostro de los alumnos del Centro diocesano de Teología, la alegría de los catequistas que junto con los padres y la familia, transmiten el gozo de la fe, las personas con las que nos encontramos en el mercado, en el centro de salud, solidarios en la fragilidad de nuestro cuerpo o en la alegría de las fiestas populares. Compartiendo la condición humana como uno de tantos, pero con el alma llena de ánimo y las ganas de vivir que nos da el Espíritu Santo.

Pienso en la diócesis de Getafe y su Proyecto Misionero para las zonas urbanas y rurales y

en algunas acciones que comparto con vosotros por si os ayuda algo. Esta plantilla misionera se la hemos remitido a todas las comunidades y parroquias:

6.1 Acciones misioneras para "hacer arder el corazón" de los que participan en la vida de la Iglesia

- **Con los niños de catequesis**

Encuentros con niños en torno a la experiencia de Dios en la infancia en la ciudad. Les animamos a que cuiden este mundo y su hermosura. Les animamos a que sean buenos amigos y cuiden de sus amigos "como un tesoro". ¿Quién es Dios para ellos? ¿Qué dicen de Jesús, el Señor? Reflexión desde el Catecismo, su vida en la Iglesia: ¿cómo viven el amor de Dios cada día? Su vida y lugar en la parroquia o comunidad eclesial, institución o movimiento. Les alentamos en su capacidad de anunciar el Evangelio de Jesucristo desde sus capacidades y posibilidades...

- **Con los jóvenes de los grupos parroquiales**

Encuentros de jóvenes sobre las conclusiones de las JMJ; los jóvenes y su lugar en la Iglesia y en el mundo; los jóvenes y la parroquia en la ciudad; ¿Su experiencia cristiana de Dios? ¿Cómo anuncian la belleza de Jesucristo a otros jóvenes...

- **Con las familias que vienen a la Iglesia**

Reflexión en torno a las conclusiones del Sínodo de las Familias; convivencias con las familias; café misionero; tertulia misionera; el papel esencial de la familia y su insustituible tarea misionera; los hijos, los abuelos y los padres, su lugar en la familia...

- **Con los enfermos que visitamos**

¿Los escuchamos? ¿les ayudamos en su tribulación? ¿les alentamos en su vocación de evangelizadores desde la enfermedad y el dolor, junto con su familia?...

6.2 Acciones misioneras para "invitar a la conversión" a los que estuvieron en la Iglesia, pero ya no están o sólo están ocasionalmente

- **Con los niños que dejaron la catequesis**
Buscamos el listado de los que hicieron la primera comunión y nos ponemos en contacto con ellos; los convocamos a encuentros y convivencias; escuchamos su situación y recorrido actual; ¿por qué han dejado la parroquia?...
- **Con los jóvenes que recibieron la confirmación, pero dejaron de venir**
Nos ponemos en contacto con algunos de ellos interesándonos, escuchando su situación y por qué dejaron de venir; valoramos todo lo positivo y hermoso que hay en su vida y lo que pueden compartir con los demás adolescentes o jóvenes...
- **Con los alumnos de clase de religión o de colegios religiosos que no vienen a la Iglesia**
Nos interesamos y escuchamos su situación personal, familiar,... en la ciudad, en sus barrios, haciéndoles saber de todo lo bueno que pueden aportar a la Iglesia...
- **Con las familias que tuvieron o tienen algún contacto con la Iglesia**
Visitamos a algunas de estas familias interesándonos por ellos desde el acontecimiento que les trajo a la parroquia: bautizo, boda, enfermedad; muerte...; si se acercaron por la parroquia ante una necesidad...
- **Con los enfermos que todavía no conocemos**
Sentimos interés por ellos, los visitamos y escuchamos sus necesidades...

6.3 Acciones misioneras para "salir a buscar" a los que no quieren saber nada de la Iglesia

- **Actos culturales**
Encuentros relacionados con cine, pintura, teatro, música... "La belleza salvará al mundo".

• **Iniciativas solidarias**

Dar a conocer y potenciar el trabajo con los pobres y necesitados; voluntariado misionero; proyectos con los inmigrantes, refugiados "prófugos", presos...

• **Eventos deportivos y lúdicos**

Encuentros deportivos; deporte misionero...

Excursiones o peregrinaciones

Peregrinaciones a Javier, Santiago, Guadalupe, Lourdes, Fátima, Ars, Loyola, Roma, Turín...

La Virgen María es un modelo permanente de esperanza y de anuncio misionero. María siempre puso su esperanza en Dios, con los pies en la tierra, abriendo puertas y senderos a los seguidores de Jesús en medio de las «cañadas oscuras». Así se entrecruzan, en unidad humanizadora, la confianza en Dios y el compromiso con sus hijos más necesitados, débiles y pobres, y los humildes de Dios. El Magnificat que Lucas pone en sus labios expresa con profundidad que la alegría provocada por la presencia del amor de Dios ensancha el corazón para la acción de gracias y la acogida a los demás.

«El amor todo lo espera» (1Cor 13,7): en la actualidad, nuestro mundo y nuestra Iglesia necesitan hombres y mujeres de esperanza, que no desconfíen de la fuerza transformadora del Evangelio. Seguir a Jesucristo crucificado y resucitado es dejarnos educar por su pedagogía esperanzadora, pues la pedagogía de Dios siempre abre nuevas oportunidades y aleja los temores.

Más tarde o más temprano, el «espesor de lo real» va desenmascarando todo. Dios nos libera y nos aporta esperanza para que salgamos a los demás, sin caer en la tentación de procurar estar bien con Él, pero sin dar-

le la iniciativa total: «Nos sentimos llamados a incorporarnos activamente al proyecto de Dios, pero no tenemos la última palabra. La última palabra es la de la misericordia fiel de Dios, capaz de transformar nuestro camino».

Anunciar la resurrección de Cristo tiene sentido en la historia. Nuestro testimonio será como creyentes en Cristo a los que sólo les cabe amar en lo concreto de cada día: «Mira que la dolencia de amor no se cura, sino con la presencia y la figura» (San Juan de la Cruz). Testigos de esperanza cristiana. Cristo resucitado y glorioso es la fuente profunda de nuestra esperanza.

Así las cosas, podemos afirmar que la extensión del cristianismo, en la ciudad o en el pueblo, la pastoral cotidiana o extraordinaria se produjo por la transformación de la vida de las comunidades cristianas en las que había germinado la Buena Noticia de Jesucristo, se había acogido y colaborado con el Reino de Dios y su justicia, en definitiva, que Dios ama a los hombres; que la Trinidad Santa hace cada día de la humanidad una familia de hermanos; que en la resurrección de Jesucristo la muerte ha sido vencida y que Él estará con nosotros todos los días hasta el fin del mundo.

7 Un vaso de Agua fresca como conclusión de todo lo dicho

En estas reflexiones he procurado no perderme en el amplio mundo de lo abstracto, sino contrastar mis afirmaciones con hechos cotidianos de la Iglesia y el mundo, gustando internamente lo que decía en una de sus oraciones la sierva de Dios Madeleine Delbrél: «Cada pequeña acción / es un acontecimiento inmenso / en el que se nos da el paraíso, / en el que podemos dar el paraíso. / Qué importa lo que tengamos que hacer: / tomar una

escoba o una pluma, / hablar o callar; / zurrir o dar una conferencia, / curar a un enfermo o escribir a máquina. / Todo esto sólo es / la corteza de una realidad espléndida, / el encuentro del alma con Dios». Todo esto nos ayudará a “no lamentarnos” diciendo: “¡Qué solitaria está la ciudad populosa!” (Lm 1,1).

A unos y a otros nos une que tenemos «el amor de Dios en nuestros corazones», un amor que brota de una continua Fuente de Vida, de la cual podemos beber constantemente. Un amor que nos empuja a salir al encuentro de los hermanos en actitud de servicio y mesa compartida.

Amar es estar ahí. Entonces nuestra espiritualidad va perdiendo miedos y ganando libertad, la libertad que Cristo quiere para todos los hijos de Dios. Cuando aprendemos a beber en las propias fuentes (san Bernardo hablaba de “beber en su propio pozo”), todo nuestro ser se unifica en la vida y misión cotidiana. Es un agua que sabe a Pascua, a entrega incondicional, a Resurrección. Me brota del corazón el dar gracias y bendecir a Dios por sus amigos los santos y santas que han vivido una pastoral realista y llena de amor a Él y al prójimo como a uno mismo. Pienso en san Juan Bosco, quien en la ciudad y ciudades de su tiempo supo, con la ayuda del Señor y con sus sueños atravesados de pasión por el Evangelio y por los jóvenes que iban de un lado para otro sin pastor:

¡Bendita seas Trinidad Santa, por san Juan Bosco y por todos sus continuadores siendo luz y sal en tantos lugares de nuestro mundo con una pastoral empapada de tu Luz y tu Sal!

¡Danos tu Luz, tu Gracia y tu Fuerza para ser creíbles y coherentes aguadores del Manantial de la Vida en la ciudad!

JOSÉ MARÍA AVENDAÑO PEREA